

Partidos extremos y sistemas electorales de segunda vuelta en elecciones presidenciales de América Latina

Moisés Madrid San Juan
Maestro en Ciencia Política
CIDE
moises.madridsj@gmail.com

Introducción

América Latina cuenta con diversos problemas que requiere afrontar para minimizar sus impactos, entre ellos se puede pensar en las cuestiones económicas, pues a pesar de los avances que se han dado en reducir las brechas de ingresos, persisten grandes desigualdades económicas en los países de esta región (Amarante, *et al.*, 2016; Rodríguez, 2022). Aunado a esto, existe cierta desconfianza en las instituciones dado por los niveles de corrupción que los ciudadanos perciben de los políticos, cuyas percepciones negativas aparentemente tienen una tendencia a aumentar para el caso latinoamericano (Davis, *et al.*, 2004; Pastrana, 2019).

En la medida en que los partidos encargados de la gestión gubernamental sean incapaces de dar soluciones inmediatas y sostenibles en el tiempo, otros partidos pueden participar en la arena política para capitalizar el descontento de electores impacientes por un cambio en los resultados políticos y económicos. En estos contextos partidos extremos pueden ser vistos como el cambio drástico necesario para modificar las condiciones existentes (Rooduijn y Burgoon, 2018).

Ciertamente la democracia se puede nutrir de la competitividad, pues cuando la insatisfacción ciudadana sobre los resultados de la administración de los partidos en el gobierno está latente y hay alternativas creíbles de reemplazarlos, los partidos se podrían sentir obligados a mejorar en sus tareas políticas. El hecho de que los partidos extremos logren poner en riesgo la posición de partidos moderados puede fortalecer la democracia al impulsar que los distintos partidos se comprometan a mejorar sus resultados, a menos que quieran ser sustituidos (Milner, 2018; Muis e Immerzeel, 2017). Igualmente, la inclusión de los partidos extremos puede avivar la participación, pues pueden atraer el apoyo de los abstencionistas descontentos con la oferta política habitual (Givens, 2002). No obstante, trasladar el apoyo ciudadano de los partidos más moderados a los más extremos no implica en automático un cambio favorable, aunque estos se puedan vender como la opción más adecuada para un electorado descontento, dar cabida a dichos partidos podría ser más negativo que beneficioso.

Algunos partidos extremos podrían socavar los avances democráticos en la pluralidad y apertura cultural, incluso en condiciones económicas prosperas pueden emitir discursos dirigidos a construir enemigos que supuestamente atentan contra la estabilidad (Mols y Jetten, 2016). Así, por ejemplo, este tipo de partidos, generalmente los orientados a la derecha ideológica, llegan a responsabilizar a los migrantes como los culpables de las malas condiciones económicas y el desempleo (Givens, 2002; Golder, 2003b), lo cual da paso a alentar la intolerancia y capacidad de legitimar políticas que vayan en contra de los derechos de ciertos grupos (Muis e Immerzeel, 2017).

Por otra parte, los partidos extremos podrían inducir a una inestabilidad política al ser incapaces de formar acuerdos con otros partidos debido a las distancias ideológicas y programáticas (Ezrow, *et al.*, 2014; Payne y Allamand, 2006). América Latina se podría presentar como un espacio fértil para que partidos más radicales¹ puedan ser más competitivos al aprovechar las problemáticas de los países y con el uso de discursos en contra de los partidos moderados y sus gestiones, pero dentro de la región podrían existir diferencias en la probabilidad de éxito electoral gracias al tipo de sistema electoral utilizado, específicamente con el uso de la segunda vuelta electoral.

En los sistemas electorales de segunda vuelta el ganador es aquel candidato que tiene más votos y supera un umbral preestablecido de sufragios, cuando esto no sucede se efectúa una segunda ronda, también conocida como *ballotage* o balotaje. En las democracias contemporáneas de América Latina con este sistema, en las elecciones presidenciales compiten los dos candidatos más votados de la primera ronda y se gana por mayoría simple² (Barrientos, 2019; Colomer, 2001; Crespo, 2009; Payne y Allamand, 2006).

Este sistema electoral trae consigo una expectativa teórica acerca de su efecto en la moderación ideológica de la competencia electoral, en donde se espera que los candidatos sean menos radicales para atraer votos que les permitan superar los umbrales para ganar o posicionarlos como contendientes en la segunda vuelta (Barrientos, 2019; Crespo, 2009; Emmerich, 2003; McClintock, 2018; Negretto, 2009; Sartori, 1994). Sin embargo, a la par se ha sugerido que la polarización del sistema de partidos presente en estos tipos de sistemas

¹ Se utilizará de manera indistinta los conceptos de partidos extremos y radicales.

² Algunos países de América Latina también llegaron a hacer uso de la segunda vuelta congresal, es decir, donde los resultados se definen por la votación de los legisladores, pero que han dejado de estar vigentes (Barrientos, 2019), además que este método limita las reflexiones sobre el comportamiento de los votantes en una nueva ronda.

electorales podría generar que la distribución de preferencias electorales ponga en condiciones favorables a los partidos extremos (Cox, 2004; Crespo, 2009; Payne y Allamand, 2006).

Ante estas dos posiciones, resulta de interés indagar empíricamente cuál es la relación entre el sistema electoral de segunda vuelta y las oportunidades de ganar elecciones por parte de los partidos extremos. Trabajos como el de McClintock, (2018) ya han contrastado que este sistema electoral puede disminuir la competitividad de estos partidos, aunque no queda claro el efecto que tiene su conjunción con la polarización que parece aumentar con las reglas electorales de segunda vuelta más que estar siendo moderada (Chasquetti, 2001). Los hallazgos del estudio ayudan a conocer la efectividad de los sistemas electorales de segunda vuelta para moderar la competencia política, es por esto por lo que se busca ahondar en la siguiente pregunta: ¿Qué efecto tiene la presencia del sistema electoral de segunda vuelta cuando interactúa con la polarización en las probabilidades de éxito de los partidos extremos?

Este trabajo tiene, por una parte, la intención de contribuir a la literatura sobre la segunda vuelta con evidencia sistemática sobre el impacto de algunas variables que propician que los partidos extremos consigan apoyo electoral. Por otra parte, se espera que los elementos teóricos aportados de la investigación permitan respaldar futuras discusiones sobre el efecto de contar con cierto tipo de instituciones y fortalecer los debates sobre reformas electorales.

Para proceder a responder la pregunta, el análisis se basa principalmente en el efecto de la segunda vuelta a través de la polarización del sistema de partidos. El grado de polarización puede implicar que la falta de coordinación entre los partidos termine en una fragmentación del voto centrista, mientras que los partidos radicales pueden tener que compartir el voto extremo con menos competidores y así conseguir proporciones de votos superiores a las de los partidos más moderados (Cox, 2004). Asimismo, los resultados incluyen variables sobre percepciones del desempeño económico y la corrupción, con el objetivo de observar cambios en el efecto de la interacción de la polarización y el sistema electoral, además de conocer si las decisiones de los partidos de establecerse en ciertas posiciones ideológicas resultan más o menos importantes que cómo a nivel agregado los ciudadanos evalúan dichos temas.

Por medio de los datos de Baker y Greene (2019) se realizó una clasificación ideológica de los partidos y se midió la polarización del sistema de partidos. Por otra parte, las encuestas del Latinobarómetro permitieron extraer información de los electores acerca de sus percepciones sobre la economía y corrupción. Con el uso de modelos de regresión logística se

encontró respaldo en que la interacción entre el sistema electoral y la polarización reduce las probabilidades de éxito de los partidos extremos, pero que éstas pueden disminuir cuando varios partidos buscan el voto centrista.

En cuanto a los mecanismos de la evaluación electoral respecto a la economía y a la corrupción, la interacción de la primera con el sistema electoral de segunda vuelta no ofrece efectos significativos. En cambio, sí hay significancia en las percepciones positivas de los niveles de corrupción, cuya variable baja modestamente la probabilidad de un partido extremo de triunfar en las votaciones, aunque no influyen tanto como el término multiplicativo del sistema electoral y la polarización.

Para desarrollar el trabajo primero se presenta una discusión teórica sobre lo que podemos entender como ideología, pues es un concepto que puede despertar cierta ambigüedad, pero que requiere ser abordado para poder tener una noción de qué es un partido extremo. Posteriormente se presenta el argumento que postula el efecto moderador de la ideología de la segunda vuelta, para después pasar a exponer la postura alternativa que sugiere que, con sistemas de partidos más dispersos en la dimensión ideológica, los partidos extremos pueden tener más probabilidades de éxito. En las siguientes dos secciones se pasa a formular cómo la presencia de evaluaciones sobre la economía y la corrupción pueden moderar los resultados convenientes para los partidos extremos. En la siguiente sección se presenta el diseño de investigación, seguido del análisis empírico, y se concluye con una discusión de los resultados y algunas reflexiones finales.

Ideología

Para comprender cuándo un partido es más extremo, es indispensable abordar qué es la ideología, misma que se puede entender de dos formas: por su función simbólica y por su contenido. Dentro de la primera se puede concebir que la ideología es un medio a través del cual los individuos pueden reconocer posicionamientos frente a cuestiones políticas (Otero y Rodríguez, 2014). Para los estudios electorales quizá una de las definiciones más conocidas sea la de Downs (1973), quien considera que la ideología es un atajo cognitivo que reduce los costos de votación. En términos espaciales, la ideología puede ser representada como una dimensión continua que le permite a los individuos ubicarse a sí mismos o a otros objetos políticos respecto a las discusiones políticas (González y Queirolo, 2013).

Aproximarse a la ideología por su función simbólica simplifica el hecho de que los individuos tienen ciertas preferencias hacia los asuntos políticos, pero que estos últimos pueden ser variados en distintos contextos (Carroll y Kubo, 2018; Jahn, 2010). Es así como lo importante es que la ideología permita reconocer posiciones de una dimensión política, aunque exista una ambigüedad en cuáles son los temas de referencia para situar a los individuos y objetos políticos. El problema de tratar al concepto de esta manera es que resulta difícil establecer comparaciones si no hay un tema fijo para contrastar posiciones en distintos lugares y momentos.

Si se entiende a la ideología por su contenido es posible tener una mayor claridad de qué implica estar más a la izquierda o derecha del espectro ideológico. En este sentido la ideología se refiere a un sistema de creencias sobre cómo ha de ser el funcionamiento político en sus distintas dimensiones (Estenssoro, 2006). El reto aquí es precisar cuáles son los temas que deben estar presentes al hablar sobre posiciones ideológicas.

La literatura en general coincide en asociar la ideología con una dimensión económica, particularmente sobre la regulación del mercado a través del Estado y su papel en la provisión de bienes y servicios (Baker y Greene, 2011; Golder, 2016; Jahn, 2010; König, et. al., 2013). Aunque los posicionamientos sobre la economía son el principal elemento para referirse empíricamente a la ideología, la literatura también respalda el carácter multidimensional de este concepto, por lo cual se ha considerado necesario evaluar las posiciones de los individuos o grupos con base en otros temas políticos (Baker y Greene, 2011; Carroll y Kubo, 2018; Golder, 2016; Jahn, 2010; König, et. al., 2013; Mair, 2007; Mason, 2018; Ruth, 2016; Sulmont, 2015).

Un complemento dimensional puede ser representado por los valores sociales, tal como aquellos que remiten a temas sobre el consumo de drogas, la despenalización del aborto o la diversidad sexual. Quizá esta dimensión pueda nutrir en gran medida la comprensión sobre las posiciones de los partidos cuando el concepto de ideología se conecta con otros temas, ya que acorde a su postura a favor o en contra de estas discusiones podría afectar sus acciones cuando forman parte del gobierno. Pero prescindir de esta dimensión no anula la posibilidad de llevar adelante un análisis a partir de las cuestiones simbólicas y económicas, mismas que Martínez (2017) y aquí se encuentran como las más preponderantes en la literatura.

En resumen, las posiciones ideológicas son tanto asignaciones subjetivas individuales como el reflejo sustancial de ciertos debates políticos. De esta manera las etiquetas izquierda y derecha responden a un sistema de creencias sobre una dimensión político-simbólica que permite la autoubicación y ubicación de objetos políticos, así como el resultado de criterios predefinidos por expertos que asocian el apoyo o rechazo de un tema con estas posiciones (González y Queirolo, 2013; Martínez, 2017; Ruth, 2016). Los partidos pueden ser enmarcados como extremos cuando están a favor de los polos más alejados del centro de las dimensiones ideológicas en discusión.

Sistemas electorales de segunda vuelta y polarización

Mediante la ideología se puede reflexionar sobre los efectos que resultan de las interacciones de los partidos, en tanto se les comprende como parte de un sistema de partidos caracterizados por las ubicaciones ideológicas de cada uno de los partidos. El concepto de polarización da cabida a discutir acerca de estas distancias (o cercanías) ideológicas y las distintas posibles configuraciones de estos sistemas.

La polarización puede aludir a divisiones, que desde una perspectiva espacial podría representar una distribución bimodal, con los puntos modales separados (Fiorina y Abrams, 2008; Lee, 2015; Noel, 2014). Sin embargo, en sistemas multipartidistas podría ser que existan más de dos fuerzas políticas principales que no necesariamente sean bimodales. Es por esto por lo que para esta investigación se prefiere comprender a la polarización como la forma en que se estructura la dispersión de los partidos en el espectro ideológico, en donde una distribución bimodal a los extremos es el mayor grado de polarización, pero no la polarización en sí misma (Burlacu, 2020; Carroll y Kubo, 2018; Dalton, 2008; Ezrow, *et al.*, 2014; Iversen y Soskice, 2015; Kosmidis, *et al.*, 2019; Luján, 2020; Noel, 2014; Yardımcı-Geyikçi, 2015).

¿Cómo la polarización se relaciona con el sistema electoral de segunda vuelta? A la regla electoral de segunda vuelta se le ha atribuido la capacidad de moderar las posiciones ideológicas de los partidos (Crespo, 2009; Emmerich, 2003; Negretto, 2009). Esto se debe a que, como Sartori (1994) sugiere, el sistema electoral de segunda vuelta premia una política más pragmática. Si la distribución ideológica de los electores es moderada y hay una concordancia con las preferencias ideológicas de los partidos, la cercanía con el votante mediano da más garantía de superar los umbrales de la primera vuelta.

En la medida que los partidos tienden a ubicarse en el centro, el grado de polarización del sistema de partidos disminuye. Menor polarización puede estar asociada con las oportunidades de éxito de los partidos, pues se liga al hecho de que los partidos moderados están en correspondencia con electores centristas, cuya proporción mayoritaria aumenta la posibilidad de ganar de los partidos. Parece existir una tendencia favorable para los partidos moderados en los sistemas electorales de segunda vuelta, quienes han tenido tasas de éxito mayores que los partidos extremos (Astudillo, 2010; Hurtado, 2020; McClintock, 2018).

En principio, la presencia de partidos similares no debería afectar las oportunidades de éxito de los demás partidos, pues se esperaría que los electores no necesariamente voten por su candidato preferido, sino por aquel con mayores expectativas de ganar (Colomer, 2001; Duverger, 1957; Leal, 2018). Es así como tener varios partidos de centro no debería mermar su grado de competitividad frente a partidos más extremos, cuando estos últimos atraen proporciones más bajas de electores cercanos a ellos en la escala ideológica. Pero como se expondrá a continuación, que los partidos se dispersen ideológicamente puede ser lo más favorable para partidos centristas, de lo contrario, una menor polarización podría inducir a un mayor éxito de los partidos extremos.

Para iniciar la discusión es de utilidad mencionar el teorema del votante mediano, con esto se puede establecer una relación entre la polarización e incremento de las probabilidades de éxito de los partidos extremos en los sistemas electorales de segunda vuelta. Este teorema sugiere que en una distribución unidimensional los partidos tienden a desplazarse hacia la ubicación del votante mediano, bajo el supuesto de que los electores votan por el partido más cercano a sus preferencias (Downs, 1973; Shepsle, 2016). En una competencia de dos opciones, esto favorece a los partidos centristas cuando no hay sesgos en la distribución, aun cuando exista una distribución bimodal (Shepsle, 2016). No obstante, la dinámica de este teorema puede cambiar cuando aumenta la oferta política. Al incluir una nueva opción en la distribución, ésta le resta votos al candidato más cercano y abre las oportunidades para que otro partido gane las elecciones (Cox, 2004; Crespo, 2009; McClintock, 2018; Payne y Allamand, 2006; Sartori, 2005; Shepsle, 2016).

Siguiendo el modelo espacial de Cox (2004), lo anterior se puede ilustrar como se muestra en la Figura 1. En el primer panel la contienda electoral se disputa entre tres partidos, A, I y D, con distintas preferencias ideológicas y que son capaces de atraer los votos de los

electores más cercanos a ellos (V_I , V_C , V_D)³. En este caso hipotético asume que la mayoría de los votantes son ideológicamente moderados con una distribución normal, por lo tanto, hay más votos centristas y el partido A consigue una proporción superior de sufragios que los otros partidos. Aquí la cercanía con el votante mediano fortalece las oportunidades de éxito del partido de centro.

Figura 1. Competencia electoral en la dimensión ideológica

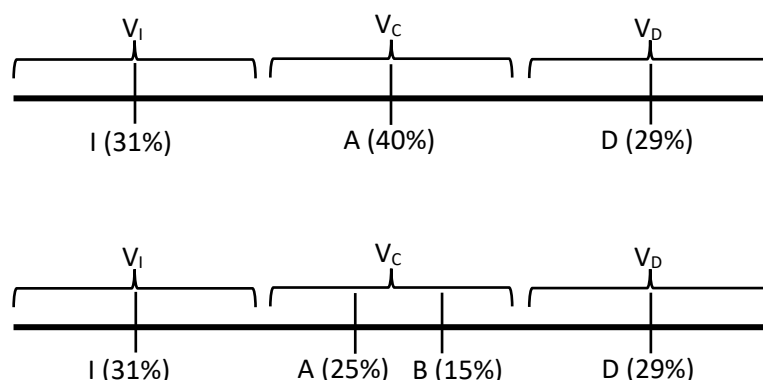


Figura de elaboración propia con base en el modelo espacial de Cox (2004).

En el segundo panel se introduce un nuevo partido, B, que también tiene una preferencia ideológica de centro. Por fines de simpleza, se asume que el partido B solo es atractivo para los votantes de centro (V_C). Las implicaciones de tener dos partidos de centro, es que, al ser más parecidos entre sí, los electores pueden ser indiferentes para votar por cualquiera de ellos. Si no se produce una coordinación efectiva, entonces el voto se fragmenta y distribuye entre las n opciones existentes. De este modo, el segundo caso hipotético refleja una situación en donde el partido A tiene menos votos en comparación al primer ejemplo. Asimismo, ni A ni B superan en votos a los partidos radicales I y D.

Si la mayoría de las preferencias ideológicas de los partidos son moderadas, al competir por el voto centrista los partidos tendrán que compartir esta parte del espectro entre varios candidatos, de tal modo que las alternativas radicales podrían tomar ventaja cuando el voto de los extremos está menos fragmentado y el votante mediano podría dejar de ser el jugador decisivo (Cox, 2004; McClintock, 2018; Muis e Immerzeel, 2017; Payne y Allamand, 2006). Por ello, una mayor polarización del sistema de partidos haría más distintos a la oferta

³ Siguiendo con las especificaciones de Cox (2004), en este modelo se asume que todos los electores participan, de forma que no se considera que exista una tendencia a que ciudadanos con ciertas posturas ideológicas sean más abstencionistas.

política y dividiría menos una misma zona ideológica en común. Por ejemplo, si en el modelo de la Figura 1 el sistema de partidos estuviera más polarizado, el partido B podría estar más distante del partido A, pero quizá más cercano al partido D. Bajo este escenario, B resultaría más atractivo para los votantes V_D que para los V_C , lo que conduce a que su introducción en la competencia no le reste votos al partido centrista A y no menoscabe sus probabilidades de éxito

Para el caso particular de los sistemas electorales con segunda vuelta, el segundo ejemplo que se describió llevaría a que ninguno de los cuatro partidos supere los umbrales de votos requeridos para ganar en la primera ronda, pero los dos candidatos radicales avanzarían al balotaje y el método de elección dejaría fuera a las opciones moderadas. Sin embargo, se podría argumentar que los electores están en posibilidad de actuar estratégicamente, como se mencionó más arriba los individuos no dirigen su voto exclusivamente por su ordenamiento de preferencias, sino por sus expectativas de quién tiene más posibilidades de ganar. De tal forma que buscarían formar los mejores pares, a su consideración, para que lleguen a la segunda vuelta. En este escenario, los electores podrían optar por no votar por el partido B y sí por el A, que tiene más posibilidades de vencer a los partidos radicales.

El problema con la idea de transferir el voto al “mal menor” son los tipos de comportamientos que puede orientar el sistema electoral de segunda vuelta en los partidos y los electores. La literatura ha sugerido que los partidos pueden preferir competir solos en función de lo restrictivos que sean los umbrales para superar de la primera vuelta, es decir que mientras menor sea el porcentaje necesario para ganar podría haber más contendientes y, por consecuente, más fragmentación del sistema de partidos (Barrientos, 2004; Barrientos, 2019; Birch, 2003; Crespo, 2009; Emmerich, 2003; Gonzáles, 2007; Hurtado, 2020; Leal, 2018).

Si se presentan múltiples candidatos en donde se percibe que ninguno podría ganar en la primera vuelta, entonces los electores pueden emitir un voto sincero, sea por motivaciones expresivas, que no excluye el buscar que su primera preferencia pase a la segunda vuelta, sin necesariamente buscar estratégicamente formar los “mejores pares”. En cambio, la segunda vuelta puede ser una nueva oportunidad para explotar la racionalidad y votar por el candidato que conciba le genera mayor utilidad, aunque no haya estado entre sus primeras preferencias de la ronda anterior (Barrientos, 2019; Cox, 2004; Emmerich, 2003; Jones, 1995; McClintock, 2018; Payne y Allamand, 2006; Pérez-Liñán, 2008; Sartori, 1994). Esto da razones para creer

que puede no darse una coordinación exitosa entre partidos o electores para prevenir que los partidos radicales sean competitivos.

Hasta aquí se tienen dos argumentos divergentes, por una parte, la segunda vuelta moderaría las posiciones ideológicas (menor polarización), en donde los partidos centristas se favorecerían de actuar pragmáticamente al moverse hacia el centro, lugar en el que los electores pueden casi garantizar la victoria. En tanto que más polarización podría ser el reflejo de que los partidos anticipan más oportunidades de éxito en los extremos ideológicos. Por otra parte, el segundo argumento va en sentido opuesto, pues desde esta perspectiva una menor polarización denota que los partidos son similares entre sí, lo cual puede dispersar los votos de una familia de preferencias ideológicas entre distintas opciones. La falta de coordinación electoral se ve reforzada por el voto sincero. Así un partido que era potencialmente ganador puede dejar de ser competitivo frente a la oferta política radical que no reparte sus votos con varios candidatos.

La evidencia empírica apunta a que los sistemas electorales de segunda vuelta conducen a mayores niveles de polarización (Chasquetti; 2001). También es conocido que en este sistema los partidos extremos no son tan competitivos (McClintock, 2018). Sin embargo, queda ausente cuál es el resultado de la interacción de estas variables, pues el hecho de que los partidos extremos puedan ganar las elecciones bajo esta modalidad de votaciones, aunque no sea la regla, entraña que algún elemento aumenta sus probabilidades. Es así como esta investigación procede con la siguiente hipótesis que busca conocer cuál alternativa teórica de la dirección de la variable dependiente que se desprenden de los argumentos exhibidos concuerda mejor con las pruebas empíricas:

H1: Cuando el sistema electoral de segunda vuelta está presente, una menor polarización del sistema de partidos disminuye las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos.

La hipótesis busca capturar el hecho de que no basta solo con la presencia de un tipo de sistema electoral para determinar el éxito de los partidos radicales, sino que a través de éste se puede alterar la forma en que se presenta la oferta política y condicionar los resultados de las votaciones. Pero la dirección de la probabilidad de éxito depende de cuál argumento encuentre mejor sustento en los datos, sea que el efecto moderador les resta oportunidades a los partidos

extremos o, en cambio, que menos dispersión de los partidos en el espectro ideológico eleva las oportunidades de los partidos extremos de ganar, tal como se ilustró en la Figura 1.

Ahora bien, hay que remarcar que la forma en que se ha abordado hasta el momento el concepto de polarización implica exclusivamente cómo se distribuyen los partidos en el espectro ideológico, por lo tanto, un mayor grado de ésta solo involucra que el sistema de partidos tiene opciones cada vez más radicales. No obstante, esto no significa que hay una relación directa con los votos, es decir, no está implícito que por el hecho de que los partidos estén más orientados a los extremos signifique automáticamente que es porque están consiguiendo más sufragios. Partiendo de esto, el éxito electoral, entendido como el resultado donde un determinado partido gana las votaciones, depende del apoyo de los ciudadanos en las urnas, que puede estar en función de cómo se dispersan ideológicamente los electores. El modelo presentado a partir de la Figura 1 asume que hay una distribución normal, pero este supuesto puede ser menos consistente empíricamente.

Para tener presente el punto anterior se utiliza la polarización electoral como una variable independiente para el análisis, pues si los electores están más distribuidos en el espectro ideológico, los partidos podrían beneficiarse menos si se concentran en un punto donde la división de votos no les garantice la victoria (Ezrow, *et al.*, 2014). Asimismo, la distribución podría presentar sesgos hacia uno o ambos extremos, lo cual favorecería a los partidos más alejados del centro (Downs, 1973; Shepsle, 2016). Esto sería un cambio importante para el modelo de la Figura 1, ya que orientarse a los extremos puede ser una estrategia más adecuada para atraer más electores afines a las mismas posiciones ideológicas. Así que una mayor polarización electoral tendría que aumentar las oportunidades de ganar de los partidos extremos.

Para cerrar este apartado queda incluir un último elemento que es la fragmentación del centro. Tal como se buscó expresar en la Figura 1, el aumento de las opciones políticas incide en la distribución de votos, pero esto depende del lugar que ocupen los distintos competidores en el espectro ideológico. Debido a esto no solo importa cuántos partidos hay, en cambio, para rescatar una característica sobre cómo se estructura la polarización del sistema de partidos se distingue qué tan concentrados están los partidos en el centro, con la intención de contemplar qué tan disputado está el voto centrista.

Acorde a la discusión teórica presentada, más partidos en el centro, aun cuando sean pequeños, restan oportunidades de que uno de ellos gane. A diferencia de la polarización ideológica, esta variable revela cuántos partidos efectivamente contendían por el grupo de preferencias centristas, cosa que abre paso a la competitividad de partidos extremos. Por ejemplo, en una competencia de cuatro partidos, tres podrían ser cercanos al centro y uno al extremo, la polarización captada aquí podría ser la misma que tener tres partidos en un mismo extremo y uno de centro. De estos dos escenarios, la polarización podría ser similar, pero en el primero un partido extremo tendría más probabilidades de ganar.

Percepciones sobre la economía

Al tomar la polarización y el sistema electoral como las principales variables para probar, la investigación se centra en cómo los resultados pueden verse afectados por cómo se coordinan, o no, las elites políticas, así como el grado en que influyen las instituciones en las elecciones. Esto minimiza el papel que tienen los ciudadanos para incidir en quiénes ganan, a partir de cómo juzgan la oferta política, en vez de parecer pasivos ante las estrategias de los partidos. Para complementar este punto se incluyen las percepciones de los ciudadanos sobre el desempeño económico como una variable que puede moderar las probabilidades de éxito de los partidos radicales.

Una de las motivaciones para seleccionar la variable mencionada arriba es, en primer lugar, porque ante condiciones económicas adversas, tanto sistemas de partidos como partidos en lo individual pueden experimentar caídas en el apoyo ciudadano que reciben. Estos asuntos debilitan sus vínculos con los ciudadanos, ya sea porque se ven obligados a tomar decisiones (como impulsar políticas o negociar con actores) contrarias a sus posiciones programáticas, que no son aceptables para los electores, o porque pierden la confianza de su capacidad de gestión gubernamental (Lupu, 2016; Seawright, 2012). Estos lazos más débiles implican menor partidismo, elemento que puede prevenir el voto a partidos extremos aun cuando incrementa la polarización electoral, debido a que esa identificación puede contrarrestar el efecto de la distancia entre los individuos y los partidos (Ezrow, *et al.*, 2014).

En segundo lugar, es sabido que el desempeño económico funge como uno de los principales temas que los electores evalúan para juzgar a los gobiernos y decidir por quién votar, en donde las percepciones pueden tener un peso mayor a los resultados macroeconómicos objetivos (Golder, 2003b; Hansen, *et. al.*, 2015; Healy y Malhotra, 2013;

Huberman, et. al., 2018; Lewis-Beck y Stegmaier, 2000; Maloney y Pickering, 2015). Se podría argumentar que el mismo partidismo puede reducir las evaluaciones negativas sobre la situación económica. Aunque lo anterior suceda, la evidencia apunta a que los individuos son menos severos con el partido que apoyan, pero que eso no evita que tengan márgenes de rechazo en los que ciertos resultados no son aceptables para ellos (Bartels, 2002; Simonovits, 2015).

Respecto a cómo la cuestión económica puede favorecer a los partidos extremos, la literatura indica que el voto se puede radicalizar ante una visión económica pesimista, pues los partidos extremos pueden avivar un discurso que aliente a que este tema sea destacado y culpen la mala gestión de los partidos moderados que se niegan a llevar políticas más agresivas para combatir la situación, por ejemplo, ser más severos con la cuestión migratoria al culpar a los extranjeros de quitar empleos (Givens, 2002; Golder, 2003a; Golder, 2003b). Incluso a través de esta estrategia los partidos extremos de derecha pueden desviar la responsabilidad de los problemas económicos hacia un “grupo enemigo”, mientras se le resta importancia al papel de las políticas monetarias o laborales quizá respaldadas por estos mismos partidos (Golder, 2003b). Por su parte, los partidos extremos de izquierda pueden tener popularidad entre los electores cuando hay un discurso a favor de la redistribución de la riqueza, pues esto alienta a que los ciudadanos perciban mejores oportunidades de afrontar las condiciones económicas adversas con la ayuda del Estado (Rooduijn y Burgoon, 2018).

La transferencia de votos de los partidos moderados a los extremos puede hacer más competitivos a estos últimos, además de que los electores que veían en la abstención una alternativa para expresar su inconformidad pueden preferir votar por un partido extremo si confían en que representan la posibilidad de un cambio (Givens, 2002). Esta suma de votos es parte de las razones por las cuales el tema económico puede definir cambios en las probabilidades de éxito de los partidos radicales. La existencia de más percepciones económicas positivas que negativas se pueden vincular a tasas de éxito menores para los partidos extremos al no poder capitalizar el descontento electoral. Ahora bien, los sistemas electorales de segunda vuelta pueden proporcionar elementos que modifiquen el efecto de estas variaciones.

Si bien los niveles agregados de percepciones negativas sobre la economía radicalizan el voto, su interacción con el sistema electoral de segunda vuelta puede tener efectos

atenuados en la medida que éste modera la competencia política, justo como se argumentó en el apartado anterior. El grado en que influye este tema podrían ser atemperado por la falta de una oferta política extrema, el problema de las evaluaciones negativas se controla. Adicionalmente, la regla electoral de los umbrales de votos para poder ganar las elecciones puede contribuir a evitar que los electores voten por los partidos extremos. Los electores corren el riesgo de malgastar su voto, ya que estos partidos podrían no superar el mínimo de sufragios requeridos en la primera vuelta y si avanzan a la segunda, la transferencia de votos dada la disminución del número de candidatos puede favorecer a un partido centrista al ser más cercano al votante mediano (Golder, 2003a; Muis e Immerzeel, 2017). A causa de los posibles efectos de la interacción entre las percepciones económicas y el sistema electoral, se propone la siguiente hipótesis:

H2: La presencia de sistemas electorales de segunda vuelta reduce el efecto de tener menos percepciones económicas positivas sobre las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos.

Percepciones sobre la corrupción

La discusión del apartado anterior, sobre cómo el voto radicalizado puede impulsar el éxito de los partidos extremos y cómo su efecto puede ser aminorado gracias al sistema electoral de segunda vuelta, también aplica aquí. Sin embargo, queda abordar por qué las percepciones sobre la corrupción igualmente pueden generar un efecto centrífugo en la posición ideológica de los electores y por qué es un tema relevante para moderar los resultados del análisis.

En paralelo a las problemáticas económicas, los casos de corrupción también pueden erosionar el partidismo de los electores, que como se mencionó en la sección anterior puede fungir como un conducto que debilita a los partidos moderados para mantener su posición en el gobierno y llevar a que el voto se desplace a los extremos ideológicos (Ezrow, *et al.*, 2014; Lupu, 2016; Seawright, 2012). Las percepciones sobre la corrupción también podrían golpear a los partidos extremos, sin embargo, a diferencia de los electores moderados, los votantes más radicales tienden a preferir pasar por alto esto a votar por un partido de centro, es decir, pueden ser un grupo más leal a su partido pese a ciertos posibles escándalos políticos (Agerberg, 2020).

Se debe destacar que la percepción de corrupción sobre ciertos actores políticos de centro no necesariamente lleva a los electores a votar por partidos extremos, pues otros candidatos moderados pueden invertir recursos para distinguirse por tener una imagen más limpia de este tipo de controversias, sin estar obligado a diferir ideológicamente de otros candidatos de centro (Clark y Leiter, 2014; Curini, 2015). El potencial de los partidos para venderse como menos corruptos puede estar condicionado a qué tan generalizadas están las percepciones sobre este tema, por lo tanto, a niveles más bajos de corrupción la oferta centrista puede tener más terreno para emplear esta estrategia. Los electores de centro pueden decidir votar por una opción menos extrema, pues de esta forma no sacrifican sus preferencias ideológicas (Charron y Bågenholm, 2016).

Si las percepciones sobre la corrupción están más esparcidas entre los ciudadanos, los electores pueden prestar menos importancia al voto ideológico y más a qué tanto confían en el comportamiento los partidos y su capacidad de gestión (Burlacu, 2020). Al existir menor énfasis en el voto ideológico, quizá los electores sean menos reacios a apoyar partidos extremos si creen que son capaces de gobernar mejor y si sus candidatos consiguen aparentar estar más disociados de las prácticas de corrupción.

Como se apuntó en el apartado anterior, este trabajo tiene expectativa de que los sistemas electorales de segunda vuelta pueden agudizar el efecto positivo de menos percepciones negativas, en este caso al hablar sobre la corrupción. Solo queda añadir a lo que ya se argumentó que debido a que dicho sistema electoral podría moderar las posiciones ideológicas, los partidos tienen que buscar un diferenciador no ideológico y que lo puedan encontrar en la cuestión de la corrupción y de lograrlo evitarían que la transferencia de votos se dirija a los extremos (Clark y Leiter, 2014). Con esto en mente se deriva la siguiente hipótesis:

H3: Los sistemas electorales de segunda vuelta reducen el efecto que hay en las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos cuando se incrementan las percepciones sobre una mayor presencia de corrupción.

Antes de seguir adelante, cabe recalcar que los argumentos elaborados hasta el momento indican que las problemáticas económicas y sobre la corrupción por sí mismas pueden alentar la polarización. A pesar de esto, solo se busca apreciar el efecto que tienen estas variables en interacción con la segunda vuelta sobre el éxito electoral de los partidos extremos, lo cual deja fuera explorar su vínculo con los niveles de polarización.

Diseño de investigación

Para poder probar las hipótesis se utilizan modelos de regresión logística con variables interactivas, las cuales parten de las elecciones presidenciales de 17 países de América Latina (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay). Esta región permite contrastar casos con sistemas electorales de segunda vuelta y de mayoría relativa. De estos casos, solo cuatro países usaron la mayoría relativa en todas sus elecciones. Esta muestra incluye elecciones desde 1990 hasta 2018 para los casos donde hay datos disponibles.

Para llevar a cabo la primera aproximación de las posiciones ideológicas de los partidos se utilizó la base de datos de Baker y Greene (2019), en donde se asignan puntuaciones ideológicas a los partidos en una escala de 1 (izquierda) a 20 (derecha) basada en encuestas a expertos⁴. Esta información permite tener una identificación ideológica de los partidos, pero cabe advertir que limitada, pues las puntuaciones no desagregan las características multidimensionales del concepto. Aunque las puntuaciones ideológicas representen un agregado dimensional de la ideología, las puntuaciones de los expertos se fundamentan principalmente en la parte subjetiva, asociada con la dimensión simbólica, y en la dimensión económica (Baker y Greene, 2015; Coppedge, 1997), mismas que como se mencionó arriba son las más representativas en la literatura. Así, por ejemplo, posiciones más radicales se asocian a un mayor grado de regulación del estado o del libre mercado, están más a favor o en contra de la provisión de bienes públicos por parte del Estado, y vinculan a los partidos con las etiquetas abstractas de izquierda y derecha.

El éxito electoral es una variable dicotómica con valores de 0 y 1, en donde el primer valor indica si en cada elección un partido extremo perdió y el segundo señala si ganó las votaciones. Para construir la variable dependiente se implementaron dos etapas, en la primera, la escala de 1 a 20 se dividió en cinco partes iguales y cada una se categorizó como izquierda, centroizquierda, centro, centroderecha y derecha, donde la primera y última clasificación corresponden a los partidos más radicales. En la segunda etapa se rastreó si las elecciones

⁴ Las puntuaciones de Baker y Greene se basan en algunas encuestas a expertos desarrolladas en los trabajos de Wiesehomeier y Benoit, Pop-Eleches, Coppedge y complementados con su propia investigación, en donde se estandarizan las escalas de medición. Aunque pueda existir cierta crítica sobre la codificación de la ideología, en concordancia con Chasquetti (2001), quien refiere a una cita de Coppedge, es preferible tener mediciones imperfectas a no contar con nada.

fueron ganadas por alguno de los partidos clasificados como radicales, para posteriormente dicotomizar la variable. Para los casos donde había sistema electoral de segunda vuelta y se efectuaron dos rondas de votaciones, se tomaron los resultados de las primeras votaciones para codificar esta variable⁵.

Con la misma información de Baker y Greene (2019) se obtuvo una de las principales variables independientes, la polarización del sistema de partidos, para poner a prueba la hipótesis 1. Esta variable se midió a través del valor de la desviación estándar del sistema de partidos, ésta fue calculada a partir de las puntuaciones ideológicas de todos los partidos que competían en cada elección, la cual deja ver qué tan concentrados o dispersos estaban los partidos entre sí.

Para medir el tipo de sistema electoral se utilizó una variable dicotómica, en donde los valores de 1 indican que la elección contaba con un sistema electoral de votaciones ciudadanas de segunda vuelta y 0 en caso contrario. Para Bolivia se consideró con valor de 1 solo para su última elección dentro de la base de datos, ya que anterior a esa contaban con segunda vuelta congresal, la cual puede tener efectos propios en la modificación de estrategias de los partidos y ciudadanos. Para el caso de Nicaragua, su sistema electoral era de segunda vuelta (aunque nunca la requirió para definir al ganador de las elecciones presidenciales), pero desde 2014 transitó a la mayoría relativa, por lo cual su última elección de la base de datos se le asignó el valor de 0.

Los partidos de centro se identificaron a partir de la misma división de categorías que se utilizó para los partidos radicales. Esta variable primero se midió por el número natural de partidos de centro que había en cada elección. Alternativamente se midió como Partidos de Centro Ponderados (PCP), que incluye la proporción de votos que obtuvieron⁶ para tomar en consideración que el hecho de tener varios partidos en ubicaciones cercanas no significa que todos atraerán la misma cantidad de sufragios.

De las encuestas del Latinobarómetro se extra la pregunta⁷ sobre la autoubicación ideológica de los ciudadanos, para tener una medida de la polarización electoral se calculó la

⁵ Para las pruebas de robustez con una codificación alternativa de la variable dependiente hacer solicitud de los resultados al autor.

⁶ Para esta ponderación se siguió la ecuación del NEP, pero solo con los votos de los partidos de centro.

⁷ En la Tabla 1A del Apéndice se muestran las preguntas utilizadas para esta y las siguientes variables basadas en las encuestas del Latinobarómetro.

desviación estándar por año de encuesta de la distribución ideológica de los encuestados, es decir, de las respuestas dadas en la escala de 0 a 10 y se asoció a cada año electoral con los resultados del año de la encuesta más próxima, pero que en el peor de los casos no rebasaban más de un año de diferencia.

Para la segunda hipótesis de nuevo se recurrió a los datos del Latinobarómetro, en donde se seleccionó una pregunta sobre la percepción de la situación económica a nivel país durante la entrevista. Para la pregunta había 5 posibles elecciones, excluyendo las no respuestas, que eran las siguientes: *Muy buena, Buena, Regular, Mala, Muy Mala*. Se hicieron dos categorías a partir de las respuestas, en donde las primeras tres pertenecían a una y las últimas dos a otra. Posteriormente, se agregaron los resultados de las encuestas para tener una variable que represente la proporción de encuestados que respondieron *Muy buena, Buena o Regular*, por año de encuesta en cada país.

Para la tercera hipótesis se siguió un proceso similar al de las percepciones económicas, en donde se dicotomizaron las respuestas y se calculó la proporción de percepciones positivas, pero con un problema importante, pues uno de los reactivos sobre corrupción fue modificado. Al inicio, el Latinobarómetro preguntaba si se creía que la corrupción había aumentado en los últimos 12 meses, con cuatro opciones de respuesta: *Aumentado mucho, Aumentado poco, Disminuido mucho, Disminuido poco, Permanecido igual*. Posteriormente se modificó la pregunta para cuestionar si se ha progresado en reducir la corrupción y respuestas eran las siguientes: *Mucho, Algo, Poco y Nada*. La segunda pregunta es la que abarca más casos de la base de datos y la información faltante para las demás elecciones se complementó con los resultados de la primera pregunta.

Dentro de los elementos que se considera necesario controlar, está el grado de fragmentación del sistema de partidos, el cual puede conectarse con qué tan polarizado se encuentra un sistema de partidos o qué tan disputado está el centro ideológico. Sumado a esto, más o menos partidos puede relacionarse con una mayor complejidad para evaluarlos y decidir a quién apoyar (Ruth, 2016), así que el heurístico ideológico podría facilitar la orientación del voto (Bolleyer y Ruth, 2018). Un sistema de partidos demasiado fragmentado en general demanda que los partidos extremos sean capaces de mostrarse como más atractivos para los electores que el resto de los candidatos, lo cual puede ser un esfuerzo mayor en condiciones de alta competencia. Así, se esperaría que mayor fragmentación del sistema de partidos reduzca

las probabilidades de éxito de los partidos radicales y esta variable se mide con el Número Efectivo de Partidos (NEP) de Laakso y Taagepera (1979) calculado con base en los resultados oficiales de las elecciones presidenciales.

Por último, si los partidos radicales compiten como oposición es más factible que se beneficien de los errores del partido en el gobierno o, en cambio, si estaban a cargo de la administración del gobierno con resultados económicos positivos y baja corrupción pueden mantenerse otro periodo más (Simonovits, 2015). Por estas razones se integra el *incumbent* como una variable para señalar si los partidos radicales participaban o no como oposición, además que esto puede indicar si eran competitivos desde la contienda anterior. Para medir el *incumbent* se utiliza una variable dicotómica que toma de valor de 1 para indicar si el ganador pertenecía al partido en el gobierno durante la elección y 0 en caso de competir como oposición.

Resultados

Para iniciar el análisis de las variables se parte de dos modelos con la variable de polarización, el tipo de sistema electoral y un término multiplicativo de estas dos variables, además de incluir las variables moderadoras de las percepciones sobre la economía y corrupción junto a sus interacciones con la segunda vuelta, y las variables de control. De estos dos modelos, el primero se diferencia por usar el número natural de partidos centristas, mientras que en el segundo esta variable se mide con el indicador de PCP. Al variar solo la presencia o ausencia del sistema electoral de segunda vuelta su efecto no es demasiado sustantivo, pues cuando esta regla electoral regula las contiendas presidenciales la probabilidad de que un partido extremo gane se disminuye 0.03 y 0.02 para el primer y segundo modelo, respectivamente, en comparación a los sistemas de mayoría relativa.

Al pasar a los resultados de la Tabla 1, el coeficiente de la polarización en el Modelo 1 es negativo, pero este signo se revierte cuando hay una interacción con la presencia del sistema electoral de segunda vuelta con significancia estadística. En el segundo modelo los resultados son consistentes con un pequeño incremento en el coeficiente de la interacción. Estos primeros hallazgos del modelo 1 y 2 concuerdan con la hipótesis 1, de tal forma que cuando el sistema electoral es de segunda vuelta, a medida que aumenta la polarización, la probabilidad de que los partidos extremos consigan tener éxito electoral es mayor. Esto en primera instancia contradice la otra propuesta teórica, ilustrada en la Figura 1, que sugiere que

tener menos distribuidos a los partidos en el espectro ideológico aumentaría su probabilidad de ganar.

Tabla 1. Modelos sobre el éxito electoral de los partidos extremos

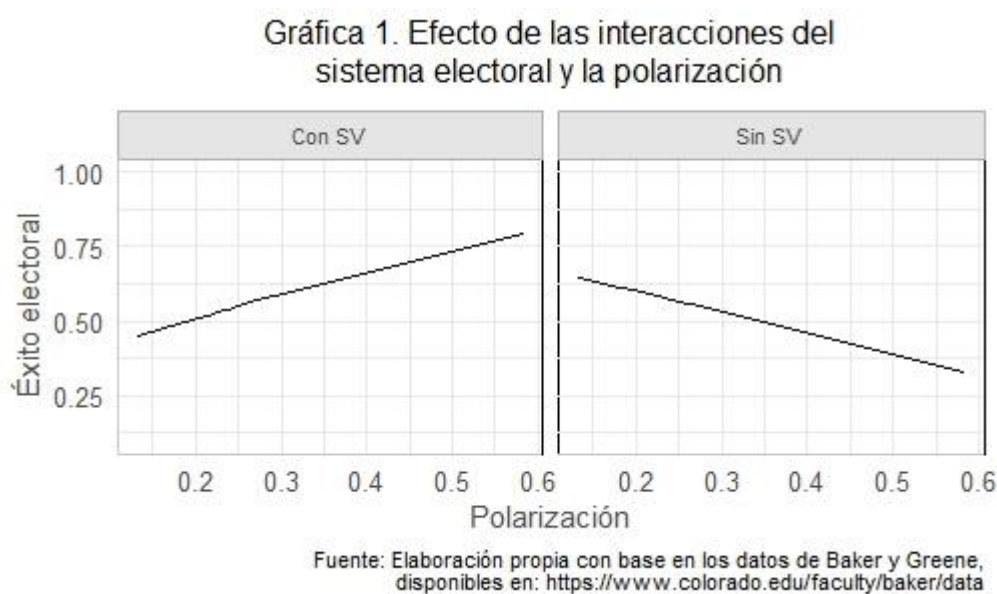
	Modelo 1	Modelo 2
Polarización	-2.90 (2.00)	-3.05 (2.06)
Segunda Vuelta	-1.77 *** (0.59)	-1.75 *** (0.61)
Polarización x Segunda Vuelta	6.37 *** (2.11)	6.55 *** (2.17)
Corrupción	1.33 ** (0.53)	1.27 ** (0.55)
Corrupción x Segunda Vuelta	-1.42 ** (0.61)	-1.48 ** (0.63)
Economía	-0.84 * (0.46)	-0.81 * (0.47)
Economía x Segunda Vuelta	0.74 (0.55)	0.72 (0.56)
Polarización electoral	0.07 (0.09)	0.04 (0.09)
Partidos centristas	0.12 *** (0.04)	
PCP		0.19 ** (0.08)
NEP	-0.06 (0.04)	-0.06 (0.04)
Incumbent	0.01 (0.08)	0.03 (0.09)
N	90	90
Pseudo R ²	0.48	0.42
AIC	75.33	80.26

* p<0.1, ** p<0.05, *** p<0.01

Ahora bien, el efecto de la interacción no es igual para todos los valores de la polarización, la diferencia de las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos en el valor mínimo observado de la polarización (en el punto 0.13)⁸, disminuye en 0.20 en el

⁸ En la Tabla 2A se presentan las estadísticas descriptivas de las variables.

modelo 1 cuando se compite con las reglas del balotaje, en vez de la de mayoría relativa, y de 0.19 en el Modelo 2. Cuando la polarización está en su valor máximo de 0.58, la distancia entre las probabilidades estimadas de los dos tipos de sistemas electorales es de 0.46 y 0.49 para cada modelo. Como se plasma en la Gráfica 1 basado en el modelo 1, cuyo comportamiento no diverge del modelo 2, el efecto de la segunda vuelta es más importante a valores menos moderados de polarización. Sin embargo, las probabilidades pueden ser menos significativas a valores más altos de polarización, pues hay más errores de estimación debido a que se cuenta con menos observaciones para estos puntos, en comparación a los valores más bajos de polarización⁹.



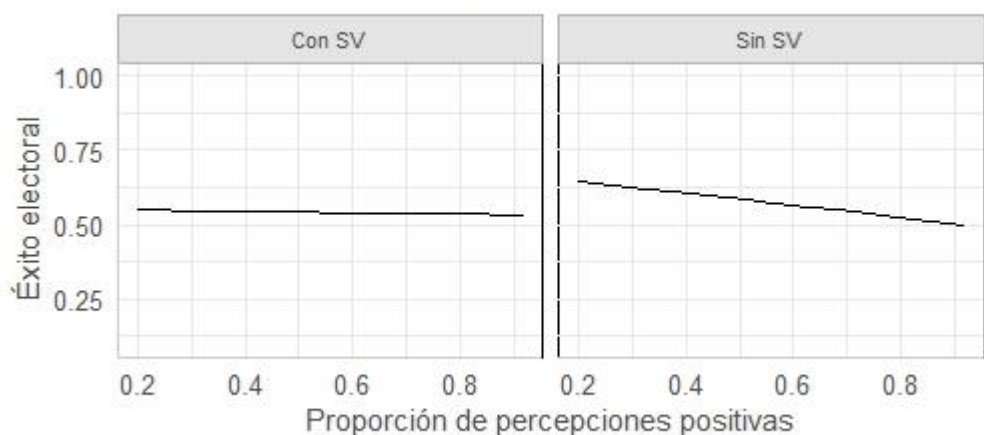
En cuanto a la segunda hipótesis, en donde se esperaba que mejores percepciones de la situación económica en presencia de sistemas electorales de segunda vuelta redujeran las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos no sigue la dirección esperada en ninguno de los dos modelos. La interpretación del signo del coeficiente puede ser contraintuitiva, pues implica que mejores evaluaciones sobre la situación económica del país en sistemas electorales de segunda vuelta hacen que los partidos extremos tengan más probabilidades de ganar. Empero, el coeficiente de esta variable no es significativo tanto en el modelo 1 como en el 2.

La Gráfica 2 muestra el comportamiento de la interacción de la variable de la segunda vuelta y las percepciones económicas en el modelo 1, que nuevamente no dista mucho del

⁹ Esto se ilustra en la Gráfica 1A del Apéndice.

modelo 2. Visualmente se puede notar que, contrario a lo interpretado por el coeficiente de la regresión, más percepciones positivas sí reducen las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos, pero cambiar de sistema electoral altera la intensidad del efecto más no la dirección como pasa con la polarización. Los cambios de las probabilidades tienen mayores efectos en sistemas electorales de mayoría relativa, a diferencia de los sistemas electorales de segunda vuelta en el cual las probabilidades apenas y se modifican al pasar de proporciones más bajas a más altas de evaluaciones positivas del tema, pero la evidencia es insuficiente para generar inferencias válidas estadísticamente significativas.

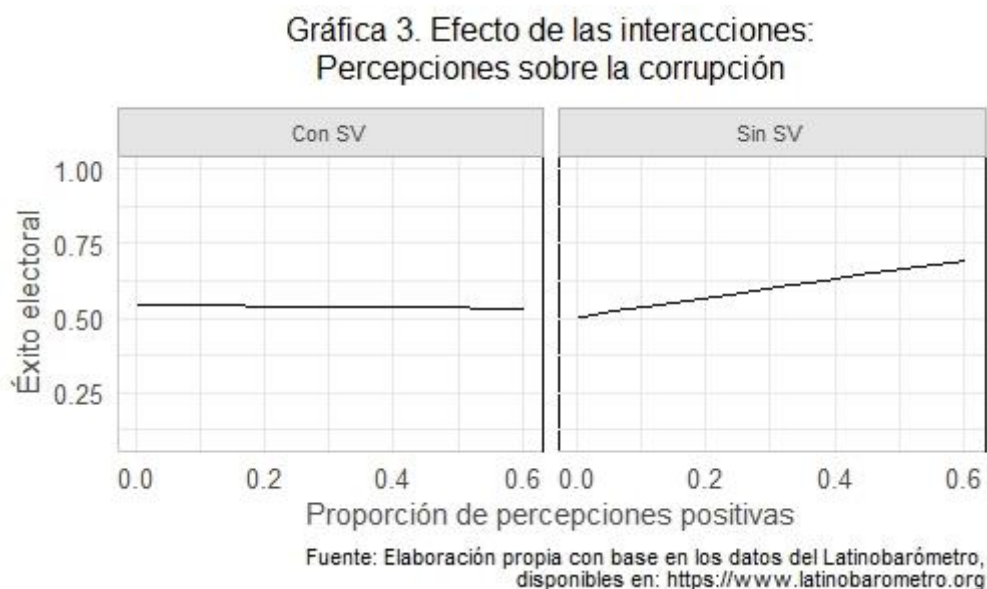
Gráfica 2. Efecto de las interacciones:
Percepciones económicas



Fuente: Elaboración propia con base en los datos del Latinobarómetro, disponibles en: <https://www.latinobarometro.org>

Por su parte, la interacción de la segunda vuelta con la corrupción tiene un signo negativo en los dos modelos, acorde a las expectativas de la hipótesis 3, además esta variable sí es significativa para ambos modelos. Así, cuando no hay sistemas electorales de segunda vuelta los partidos extremos se favorecen de las percepciones positivas sobre este tema, pero cuando sí lo hay, entonces sus probabilidades de éxito electoral disminuyen. Aunque la pendiente no es tan pronunciada, pasar del valor mínimo (0.003) de la distribución de las observaciones en las proporciones de percepciones positivas de la corrupción al máximo (0.60) solo baja las probabilidades de éxito electoral de los partidos extremos en 0.01 y 0.03

para los modelos 1 y 2¹⁰, correspondientemente. En la Gráfica 3 se muestra este resultado para el modelo 1.



La introducción del *incumbent* podría ayudar a entender si los partidos capitalizan los aciertos o errores del gobierno pasado, lo cual complementa las variables sobre la economía y la corrupción, pero su coeficiente no es significativo en ninguno de estos modelos, además de apenas y tener valores de 0.01 y 0.03. Mientras tanto, la polarización electoral tiene un coeficiente positivo, que en un primer momento señalaría que los partidos extremos tienen más probabilidades de ganar cuando hay electores menos moderados, no obstante, no es significativo. Esto último podría reforzar la idea de que las posiciones ideológicas de los electores no necesariamente se corresponden con la de los partidos que apoyan. En cuanto al NEP, la presencia de más partidos competitivos reduce las probabilidades de que un partido extremo gane las elecciones, pero ni en el modelo 1 y 2 el coeficiente es significativo.

Para capturar otras características sobre cómo se puede presentar la oferta política, los modelos controlan la presencia de partidos centristas (con las dos medidas descritas más arriba, el número natural y PCP). Esta variable está relacionada con el argumento que postula que tener varios partidos similares sí tiene implicaciones para las tasas de éxito electoral, pues como se expuso en la Figura 1, los partidos extremos pueden sacar ventaja de un contexto donde varios partidos se reparten el voto ideológicamente moderado.

¹⁰ No hay que perder de vista que los resultados pueden tener problemas impulsados por errores de medición en la variable de corrupción, pues cabe recordar que se utilizaron dos reactivos del Latinobarómetro redactados de distinta forma.

Si se observan los coeficientes que miden a los partidos centristas, importa más cuántos candidatos disputan el voto moderado que cuántos partidos competitivos hay en general, valor que reporta el NEP. Tal como se esperaba, si más partidos de centro compiten, aumentan las probabilidades de que un partido extremo gane. Los coeficientes son significativos, aunque con coeficientes un poco más fuertes cuando se pondera el peso electoral de cada partido centrista. Así, si hay sistema electoral de segunda vuelta, pasar de 1 a 6 partidos de centro aumenta las probabilidades de 0.54 a 0.68 en el Modelo 1, es decir, una diferencia de 0.14, y en el Modelo 2 pasar de uno a dos partidos incrementa la probabilidad de 0.55 a 0.60, que equivale a una diferencia de 0.05.

Al ejecutar una prueba F parcial para los modelos 1 y 2, los resultados indican que incluir la polarización, la segunda vuelta y su interacción dan diferencias significativas al 0.001 respecto a sus modelos reducidos. Esto implica que incluir esas variables mejoran los modelos que cuando se excluyen. Lo mismo ocurre al quitar las percepciones sobre la economía, la segunda vuelta y su interacción, pero son significativas al 0.01. Cuando en vez de las percepciones de la economía se excluyen las percepciones de corrupción, los resultados nuevamente arrojan una significancia de 0.01.

El problema de estas pruebas F parciales es que, al eliminar la variable de la segunda vuelta en cada modelo reducido, no solo se elimina un término multiplicativo, sino los tres del modelo completo, lo cual puede sesgar los resultados. Es por esto por lo que se optó por correr las pruebas con tres distintos modelos completos de referencia, en donde, además de las variables de control, cada uno solo incluye la variable de polarización, o percepciones de la economía, o percepciones de corrupción, pero no las tres ni dos juntas. Esto hace que cada modelo solo tenga una interacción¹¹.

Las pruebas F parciales indican que, al ser comparados con sus modelos reducidos, incluir la polarización y la segunda vuelta con su interacción mejora los modelos significativamente al 0.001. Esto no pasa para los modelos con las percepciones del tema económico y de la corrupción, que no son significativos, es decir, la evidencia es insuficiente para respaldar que estas variables junto a la segunda vuelta y su interacción mejoren la explicación del éxito electoral de los partidos extremos.

¹¹ Para ver los resultados de estas regresiones realizar solicitud al autor.

Conclusiones

Para terminar este estudio queda reflexionar en torno a los resultados arrojados por el análisis estadístico. Como se pudo observar, los signos positivos de la variable interactiva principal son consistentes en las 2 regresiones presentadas. Es así como los sistemas electorales de segunda vuelta cuando se combinan con una baja polarización pueden controlar las probabilidades del éxito electoral de los partidos extremos. Mientras que una alta polarización mejora las oportunidades de ganar de estos partidos, cosa que en principio se opone al segundo argumento que se desarrolló a partir de lo ilustrado en la Figura 1, pero esto solo sería verdadero parcialmente si se piensa en el mecanismo del número de partidos de centro.

Dado que el aumento de la polarización podría llevar a ganar a los partidos extremos, quizá la razón se encuentra en que los partidos son favorecidos por electores menos moderados, con lo cual anticipan que moverse a los extremos ofrece oportunidades de ganar. Esto puede agudizar problemas de endogeneidad, ya que las preferencias ideológicas pueden estar asociadas a las probabilidades de éxito. Así podría estar justificado que haya más o menos partidos de centro durante la elección, pero curiosamente si se incluye el número de partidos de centro en la ecuación, en cualquiera de sus dos mediciones, aumentar la oferta en esa zona ideológica más bien los afecta negativamente, ya que el hecho de que haya partidos parecidos sí importa.

Con las deficiencias de datos, hasta cierto punto se puede concluir que, gracias al número natural de partidos de centro y la variable de PCP, a falta de una coordinación entre los partidos para tener un solo candidato de centro puede reducir sus posibilidades de ganar y les abren paso a los partidos extremos. Entonces, como se propuso en la Figura 1, aunque las preferencias ideológicas moderadas puedan estar influidas por el probable éxito electoral, los hallazgos apuntan a que saturar el centro es contraproducente para ganar las elecciones. Conforme a esto, la polarización puede ser insuficiente para explicar por qué ganan los partidos extremos si el indicador no captura otras especificidades de la distribución ideológica.

Algo interesante a notar no es solo el impacto de más o menos polarización, sino que hay una marcada diferencia de la dirección del efecto en las probabilidades cuando cambia el tipo de sistema electoral implementado en las votaciones, tal como se vio en la primera gráfica. El problema que enfrentan las estimaciones es la diversidad de observaciones, pues

hay una clara asimetría en cómo se distribuyen los casos a lo largo de la recta de la polarización e incluso con ciertos saltos entre los valores más altos donde no hay observaciones, lo cual complica las inferencias de la investigación por los errores estadísticos.

Esta investigación no contradice resultados previos de otros estudios, como el de McClintock (2018) y su hallazgo de que ver ganar a partidos extremos en sistemas electorales de segunda vuelta no es un evento común. Empero, la combinación de este elemento institucional sí puede ser distinto cuando se combina con la forma en que está estructurado el sistema de partidos en su distribución ideológica. Así la cuestión de fondo no es si un partido extremo es capaz de ganar las elecciones, sino a qué se debe cuando sucede.

Pasando a las interacciones del sistema electoral con las percepciones de la economía los resultados son menos sólidos, pues esta variable no consiguió ser significativa en ninguno de los dos modelos. En cambio, para la variable de interacción entre la segunda vuelta y la corrupción los coeficientes son consistentes en la dirección de su efecto y la significancia. Este resultado refuerza la idea acerca de que el éxito de los partidos no solo depende de cómo se mueven estratégicamente en el espectro ideológico, sino que los electores también evalúan su desempeño político y no se mantienen pasivos al castigar a los actores políticos a través del voto.

Quizá una visión más pesimista para la tercera hipótesis recaiga en que la interacción entre la corrupción y la segunda vuelta tiene coeficientes menores que el producto de la segunda vuelta y la polarización, lo cual es indicativo de cómo la capacidad de las élites para forjar una identificación con una ideología tiene un papel más importante para definir las elecciones dentro de los modelos estadísticos. Esto es más nítido en las gráficas expuestas, pues las evaluaciones positivas sobre corrupción del valor mínimo al máximo no modifican demasiado las probabilidades del éxito de los partidos extremos. Resta averiguar cuál es la razón de que en sistemas de mayoría relativa suceda algo diferente, no solo en la dirección del efecto, sino también con una mayor pendiente, pues en principio evaluaciones más positivas sobre el tema de la corrupción radicalizan menos el voto.

De esta forma, el mecanismo de la estructura del sistema de partidos parece tener más importancia en las expectativas de triunfo de los partidos extremos que el mecanismo de percepción de temas, con base en lo que los electores opinan. Sin embargo, queda explorar formas alternativas de medir estas variables, por ejemplo, para el caso de la economía con

mediciones de indicadores objetivos del desempeño económico de los gobiernos u optar por reactivos prospectivos o retrospectivos en vez de percepciones sobre las condiciones económicas actuales. El tema de la corrupción se podría nutrir con información sobre la presencia, ausencia y calidad de los instrumentos que ayuden a minimizar este fenómeno, como las prácticas de transparencia o, alternatively, ahondar en el impacto de escándalos de corrupción durante las elecciones.

Para tener una mejor comprensión sobre lo que sucede, es indispensable adentrarse por qué los electores actúan como lo hacen y por qué deciden apoyar a los partidos extremos en las mismas condiciones que se abordaron aquí. Este trabajo no puede más que mostrar cómo varían las probabilidades de éxito ante las variaciones de la polarización y en el agregado de las percepciones positivas sobre los temas de la economía y la corrupción. No se puede ir más allá en las inferencias sobre el comportamiento de los electores, sin el riesgo de caer en una falacia ecológica.

Otro punto que no se trabajó aquí es si las probabilidades de éxito a partir de las variables utilizadas en los modelos influyen igual para los partidos de izquierda y de derecha, o difieren. Para esto también valdría la pena meditar en cómo se mide la ideología, pues al no existir un consenso de cómo proceder a capturar las posiciones de cada partido, pueden existir variaciones en las clasificaciones de los partidos extremos. Ayudaría apoyarse en otras bases de datos o fuentes que no necesariamente consistan en encuestas a expertos, en cambio, aproximarse a través de documentos como los estatutos o plataformas electorales, o a partir de algunas políticas implementadas o apoyadas por miembros de los congresos. Sin olvidar que la ideología puede ser vista desde distintas aristas, en este sentido los resultados tal vez enseñen algo diferente cuando se desagregan sus dimensiones.

En cuanto a la distribución ideológica, tal parece que en este modelo no es necesario que la mayoría de los electores se posicionen en el centro para minimizar el triunfo de los partidos extremos, pues no se encontró correspondencia entre la polarización electoral y el éxito de los partidos más radicales. Esto no es un hallazgo novedoso, pero sí incentiva a ver qué otras configuraciones de variables pueden arrojar un mayor poder explicativo, por ejemplo, si los niveles de partidismo evitan que el voto se radicalice sin importar cómo se mueva la oferta política en el espectro ideológico (Ezrow, *et al.*, 2014). Asimismo, qué tanto

se asocia la identificación ideológica expresada por los electores con los candidatos por los que votan en contextos de segunda vuelta.

Este estudio pudo contrastar que los sistemas electorales de segunda vuelta sí tienen un efecto sobre las tasas de éxito de los partidos extremos cuando interactúan con el grado de polarización de los sistemas de partidos, punto que se puede sostener al moderar con otras variables. Aun así, los efectos son menos notorios y diferenciados de los sistemas electorales de mayoría relativa cuando la polarización no es demasiado baja o alta.

Para finalizar, queda mencionar que los debates sobre reformas electorales podrían quedar más nutridos si existe evidencia que respalde las ventajas que se aluden a ciertas instituciones. La segunda vuelta por sí misma no podría limitar la llegada de partidos extremos de la misma forma en contextos con sistemas de partidos polarizados y fragmentados, pues la falta de coordinación del centro para formar coaliciones podría representar un reto. Además, qué sucedería si se piensa esta regla de votación para otros cargos públicos, pues la validez de la investigación puede no extenderse a casos como el de la segunda vuelta para elecciones legislativas, como las de Francia. Esto deja aún un abanico de preguntas por responder.

Referencias:

- Agerberg, M. (2020). The Lesser Evil? Corruption Voting and the Importance of Clean Alternatives. *Comparative Political Studies*, 53(2), 253–287. <https://doi.org/10.1177/0010414019852697>
- Amarante, V., Galván, M. y Mancero, X. (2016). Desigualdad en América Latina: una medición global. *Revista CEPAL*, (118), 27-47. <http://hdl.handle.net/11362/40024>
- Astudillo, C. (2010). Segunda vuelta electoral para la elección presidencial. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, (129), 1411-1428. <http://www.scielo.org.mx/pdf/bmdc/v43n129/v43n129a11.pdf>
- Baker, A., y Greene, K. (2011). The Latin American left's mandate: free-market policies and issue voting in new democracies. *World Politics*, 63(1), 43-77. DOI: <https://doi.org/10.1017/S0043887110000286>
- Baker, A., y Greene, K. (2015). Positional Issue Voting in Latin America en R. Carlin, M. Singer, y E. Zechmeister (Eds.), *The Latin American Voter: Pursuing Representation and Accountability in Challenging Contexts*. University of Michigan Press, 173–194. <http://www.jstor.org/stable/10.3998/mpub.8402589.12>
- Baker, A., y Greene, K. (2019). “Latin American Election Results with Party Ideology Scores”. <https://www.colorado.edu/faculty/baker/data>
- Barrientos, F. (2004). La segunda vuelta electoral y la gobernabilidad en los sistemas presidenciales latinoamericanos. *Apuntes Electorales*, (15), 507-534. https://www.researchgate.net/publication/236012489_La_segunda_vuelta_electoral_y_la_gobernabilidad_en_los_sistemas_presidenciales_latinoamericanos
- Barrientos, F. (2019). *La segunda vuelta electoral: orígenes, tipología y efectos*. Instituto Electoral del Estado de México.
- Bartels, L. (2002). Beyond the Running Tally: Partisan Bias in Political Perceptions. *Political Behavior*, 24(2), 117–150. <https://doi.org/10.1023/A:1021226224601>
- Birch, S. (2003). Two-round electoral systems and democracy. *Comparative Political Studies*, 36(3), 319-344. <https://doi.org/10.1177/0010414002250678>

- Bolleyer, N. y Ruth, S. (2018). Elite Investments in Party Institutionalization in New Democracies: A Two-Dimensional Approach. *Journal of Politics*, 80(1): 288-302
- Bravo, M. (2006). El realineamiento electoral en México: elementos para su estudio. *Estudios Políticos*, 8(8), 219-242. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=426439536009>
- Burlacu, D. (2020). Corruption and Ideological Voting. *British Journal of Political Science*, 50(2), 435-456. Doi:10.1017/S0007123417000758
- Carroll, R. y Kubo, H. (2018). Polarization and ideological congruence between parties and supporters in Europe. *Public Choice*, 176(1-2), 247–265. <https://doi.org/10.1007/s11127-018-0562-0>
- Casal, F. y Rama, C. (2017). ¿Democracia En Crisis? El Futuro de Los Partidos Políticos y de La Democracia Representativa. *Revista de Las Cortes Generales*, (100-102), 249–73. <https://doi.org/10.33426/rcg/2017/100-102/31>.
- Charron, N y Bågenholm, A. (2015). Ideology, Party Systems and Corruption Voting in European Democracies. *Electoral Studies*, 41. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2015.11.022>
- Chasquetti, D. (2001). Elecciones presidenciales mayoritarias en América Latina. *América Latina Hoy*, (29), 31-51. <https://doi.org/10.14201/alh.7191>
- Clark, M., & Leiter, D. (2014). Does the Ideological Dispersion of Parties Mediate the Electoral Impact of Valence? A Cross-National Study of Party Support in Nine Western European Democracies. *Comparative Political Studies*, 47(2), 171–202. <https://doi.org/10.1177/0010414013488537>
- Colomer, J. (2001). *Instituciones políticas*. Ariel.
- Coppedge, M. (1997). A Classification of Latin American Political Parties. *Kellogg Institute for International Studies*, Working Paper (244). <https://kellogg.nd.edu/documents/1539>
- Cox, G. (2004). *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo. Hacer que los votos cuenten*. Gedisa.

- Crespo, I. (2009). El ballotage en América Latina en J. Reynoso y H. Sánchez de la Barquera (Coords.), *La democracia en su contexto: estudios en homenaje a Dieter Nohen en su septuagésimo aniversario*. IIJ-UNAM, pp. 157-172.
- Curini, L. (2015). The Conditional Ideological Inducement to Campaign on Character Valence Issues in Multiparty Systems: The Case of Corruption. *Comparative Political Studies*, 48(2), 168–192. <https://doi.org/10.1177/0010414014534197>
- Davis, C., Ai Camp, R y Coleman, Kenneth. (2004). The influence of party systems on citizens' perceptions of corruption and electoral response in Latin America. *Comparative Political Studies*, 37(6), 677-703. <https://doi.org/10.1177/0010414004265879>
- Downs, A. (1973). *Teoría económica de la democracia*. Aguilar.
- Dalton, R. (2008). The Quantity and the Quality of Party Systems. *Comparative Political Studies*, 41, 899-920.
- Duverger, M. (1957). *Los partidos 31ámara31os*. FCE.
- Emmerich, G. (2003). La segunda vuelta electoral. Modalidades, experiencias y consecuencias políticas en P. Becerra, et al. (Comps.), *Contexto y propuestas para una agenda de reforma electoral en México*. Instituto de Investigaciones Legislativas del Senado de la República, pp. 85-106.
- Estenssoro, F. (2006). El Concepto de ideología. *Revista de filosofía*, (15), 97-111. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2293969>
- Ezrow L., Tavits M. y Homola J. (2014). Voter Polarization, Strength of Partisanship, and Support for Extremist Parties. *Comparative Political Studies*, 47(11), 1558-1583. <https://doi.org/10.1177/0010414013512605>
- Fiorina, M. y Abrams, S. (2008). Political Polarization in the American Public. *Annual Review of Political Science*, 11, 563-588. <https://doi.org/10.1146/annurev.polisci.11.053106.153836>
- Georgetown University. (s.f). “Political Database of the Americas”. Estados Unidos, Georgetown University. URL: <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/elecdata.html>

- Givens, T. (2002). The Role of Socioeconomic Variables in the Success of Radical Right Parties en M. Schain, A. Zolberg y P. Hossay (eds), *Shadows over Europe. Europe In Transition: The Nyu European Studies Series*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/9780230109186_7
- Golder, M. (2003a). Electoral Institutions, Unemployment and Extreme Right Parties: A Correction. *British Journal of Political Science*, 33(3), 525-534. <https://10.1017/S0007123403220226>
- Golder, M. (2003b). Explaining Variation In The Success Of Extreme Right Parties In Western Europe. *Comparative Political Studies*, 36(4), 432-466. <https://doi.org/10.1177/0010414003251176>
- Golder, M. (2016). Far Right Parties in Europe. *Annual Review of Political Science*. 19, 477-497. DOI: 10.1146/annurev-polisci-042814-012441
- González, J. (2007). La segunda vuelta electoral, experiencias y escenarios. CESOP, (24), 2-37. www3.diputados.gob.mx/32ámara/content/.../Documento_24_Segunda_vuelta.pdf
- González, L. y Queirolo, R. (2013). Izquierda y derecha: formas de definirlas, el caso latinoamericano y sus implicaciones. *América Latina Hoy*, 65, 79-105. DOI: <https://doi.org/10.14201/alh20136579105>
- Hansen, K., Olsen, A., y Bech, M. (2015). Cross-National Yardstick Comparisons: A Choice Experiment on a Forgotten Voter Heuristic. *Political Behavior*, 37(4), 767-789. <http://www.jstor.org/stable/43653261>
- Healy, A. y Malhotra, N. (2013). Retrospective Voting Reconsidered. *Annual Review of Political Science*, 16, 285-306. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-032211-212920>
- Huberman, G., Konitzer, T., Krupenkin, M., Rothschild, D. y Hill, S. (2018). Economic Expectations, Voting, and Economic Decisions around Elections. *AEA Papers and Proceedings*, 108, 597-602. <https://www.jstor.org/stable/26452808>
- Hurtado, J. La segunda vuelta electoral en Latinoamérica y su posible introducción en México. *Intersticios Sociales*, (19), 261-290. <https://doi.org/10.55555/IS.19.366>

- Iversen, T. y Soskice, D. (2015). Information, Inequality, and Mass Polarization: Ideology in Advanced Democracies. *Comparative Political Studies*, 48(13), 1781–1813. <https://doi.org/10.1177/0010414015592643>
- Jahn, D. (2010). Conceptualizing Left and Right in comparative politics: Towards a deductive approach. *Party Politics*, 17(6), 745–765. DOI: <https://doi.org/10.1177/1354068810380091>
- Jones, M. (1995). *Electoral Laws and the Survival of Presidential Democracies*. University of Notre Dame Press.
- König, T., Marbach, M. y Osnabrügge, M. (2013). Estimating Party Positions across Countries and Time—A Dynamic Latent Variable Model for Manifesto Data. *Political Analysis*, 21(4), 468-491. DOI: <https://www.jstor.org/stable/24572675>
- Kosmidis, S., Hobolt, S. B., Molloy, E. y Whitefield, S. (2019). Party Competition and Emotive Rhetoric. *Comparative Political Studies*, 52(6), 811–837. <https://doi.org/10.1177/0010414018797942>
- Laakso, M. y Taagepera, R. (1980). Proportional profiles of West European electoral systems. *European Journal of Political Research*, 8, 423-446.
- Leal, U. (2018). Efectos de la segunda vuelta electoral y de la mayoría relativa simple sobre el sistema de partidos políticos en las elecciones presidenciales en América Latina, 1999-2017. *Apuntes electorales*, (18), 81-132. <https://aelectorales.ieem.org.mx/index.php/ae/article/view/103>
- Lee, F. (2015). How Party Polarization Affects Governance. *Annual Review of Political Science*, 18, 261-282. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-072012-113747>
- Lewis-Beck, M. y Stegmaier, M. (2000). Economic Determinants of Electoral Outcomes. *Annual Review of Political Science*, 3, 183-219. <https://doi.org/10.1146/annurev.polisci.3.1.183>
- Luján, D. (2020). Diferenciación ideológica y coordinación estratégica en elecciones presidenciales en América Latina. *Colombia Internacional*, (103), 29-55. <https://doi.org/10.7440/colombiaint103.2020.02>

- Lupu, N. (2016). *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution, and the Breakdown of Political Parties in Latin America*. Cambridge University Press.
- Mair, P. (2007). Left–Right Orientations en Dalton, R. y H. Klingemann (Eds.) *The Oxford Handbook of Political Behavior*. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199270125.003.0011
- Maloney, J., y Pickering, A. (2015). Voting and the economic cycle. *Public Choice*, 162(1/2), 119-133. <http://www.jstor.org/stable/24507574>
- Mason, L. (2018). Ideologues without Issues; The Polarizing Consequences of Ideological Identities. *Public Opinion Quarterly*, 82, 866–887.
- Martínez, A. (2017). *El éxito electoral de los partidos políticos en América Latina durante las décadas de cambio político (1988-2016)*. Tesis de doctorado. Universidad de Salamanca.
- McClintock, C. (2018). *Electoral rules and democracy in Latin America*. Oxford University Press.
- Méndez, I. (2007) El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación. *Perfiles Latinoamericanos*, 14(29), 7-45. <http://www.scielo.org.mx/pdf/perlat/v14n29/v14n29a4.pdf>
- Milner, H. V. (2021). Voting for Populism in Europe: Globalization, Technological Change, and the Extreme Right. *Comparative Political Studies*, 54(13), 2286–2320. <https://doi.org/10.1177/0010414021997175>
- Mols, F. y Jetten, J. (2016). Explaining the Appeal of Populist Right-Wing Parties in Times of Economic Prosperity. *Political Psychology*, 37(2), 275–292. <http://www.jstor.org/stable/44132874>
- Muis, J. e Immerzeel, T. (2017). Causes and consequences of the rise of populist radical right parties and movements in Europe. *Current Sociology*, 65(6), 909–930. <https://doi.org/10.1177/0011392117717294>
- Negretto, G. (2009). La reforma electoral en América Latina: Entre el interés partidario y las demandas ciudadanas en A. Fontaine, C. Larroulet, J. Navarrete e I. Walker (Eds.), *Reforma del sistema electoral chileno*. PNUD, CEP, Libertad y Desarrollo,

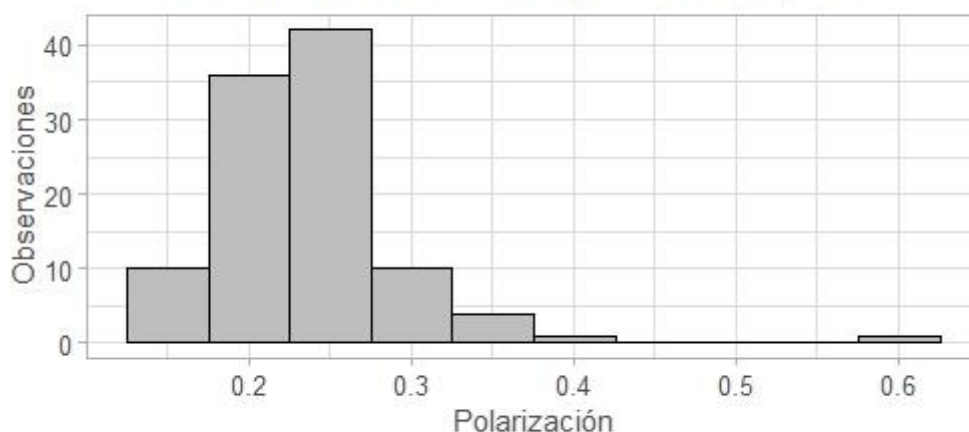
- Proyectamérica y Cieplan, 63-103. <https://www.cepchile.cl/cep/libros/libros-digitales/reforma-del-sistema-electoral-chileno>
- Noel, H. (2014). *Political Ideologies and Political Parties in America*. Cambridge University Press, 165-180. Doi:10.1017/CBO9781139814775.007
- Nohlen, D. (1995) *Sistemas Electorales y Partidos Políticos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Otero, P. y Rodríguez, J. (2014). Vínculos ideológicos y éxito electoral en América Latina. *Política y Gobierno*, 21(1), 159-200. <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/22/568>
- Pastrana, A. (2019). Estudio sobre la corrupción en América Latina. *Revista mexicana de opinión pública*, (27), 13-40. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484911e.2019.27.68726>
- Payne, M., y Allamand, A. (2006). Sistemas de elección presidencial y gobernabilidad democrática en M. Payne, et al. (Eds.), *La política importa: democracia y desarrollo en América Latina*. IDEA-BID, pp. 19-39.
- Pérez-Liñán, A. (2008). La reversión del resultado en la doble vuelta electoral: Una evaluación institucional del Balotaje. *Miríada*, 1(1), 9-33. <https://p3.usal.edu.ar/index.php/miriada/article/view/427/540>
- Rodríguez, M. (2022). Perspectivas de crecimiento económico en América Latina ante el impacto generado por el Covid-19. *Revista Estrategia Organizacional*, 11(1), 67–85. <https://doi.org/10.22490/25392786.5659>
- Rooduijn, M., & Burgoon, B. (2018). The Paradox of Well-being: Do Unfavorable Socioeconomic and Sociocultural Contexts Deepen or Dampen Radical Left and Right Voting Among the Less Well-Off? *Comparative Political Studies*, 51(13), 1720–1753. <https://doi.org/10.1177/0010414017720707>
- Ruth, S. (2016). Clientelism and the Utility of the Left-Right Dimension in Latin America. *Latin American Politics and Society*, 58(1), 72-97.
- Sartori, G. (1994). *Ingeniería constitucional comparada: Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*. FCE.

- Sartori, G. (2005). *Partido y sistema de partidos. Marco para un análisis*. Alianza Editorial.
- Shepsle, K. (2016), *Analizar la Política: Comportamiento, Instituciones y Racionalidad*. CIDE.
- Simonovits, G. (2015). An Experimental Approach to Economic Voting. *Political Behavior*, 37, 977–994. <https://doi.org/10.1007/s11109-015-9303-y>
- Seawright, J. (2012). *Party-System Collapse: The Roots of Crisis in Peru and Venezuela*. Stanford University Press
- Sulmont, D. (2015). *Voto ideológico y sistema de partidos en América Latina: El peso de la dimensión izquierda-derecha en el comportamiento electoral en Brasil, Chile, México y Perú*. IOP PUCP.
- Yardımcı-Geyikçi, Ş. (2015). Party Institutionalization and Democratic Consolidation: Turkey and Southern Europe in Comparative Perspective. *Party Politics*, 21 (4), 527-538.

Apéndice

Gráfica 1A. Histograma de la polarización ideológica

Desviaciones estándar de la ideología del sistema de partidos



Fuente: Elaboración propia con base en los datos de Baker y Greene, disponibles en: <https://www.colorado.edu/faculty/baker/data>

Tabla 1A. Reactivos del Latinobarómetro

Variable	Pregunta	Respuestas
Economía	¿Cómo calificaría en general la situación económica actual del país? Diría Ud. que es...	<ul style="list-style-type: none"> • Muy buena • Buena • Regular • Mala • Muy mala
Corrupción	De la lista de problemas que le voy a leer, ¿Cree Ud. que han aumentado mucho o poco, han disminuido mucho o poco o han permanecido igual en los últimos doce meses? ¿Y la Corrupción?	<ul style="list-style-type: none"> • Aumentado mucho • Aumentado poco • Permanecido igual • Disminuido poco • Disminuido mucho
	¿Cuánto cree Ud. que se ha progresado en reducir la corrupción en las instituciones del Estado en estos últimos 2 años?	<ul style="list-style-type: none"> • Mucho • Algo • Poco • Nada
Polarización electoral	En política se habla normalmente de "izquierda" y "derecha". En una escala dónde "0" es la "izquierda" y "10" la "derecha", ¿dónde se ubicaría Ud.?	<ul style="list-style-type: none"> • Escala de 0 a 10

Fuente: Latinobarómetro, disponible en: <https://www.latinobarometro.org>

Tabla 2A. Estadísticas descriptivas

Variables continuas y discretas			
	Media	Mínimo	Máximo
Polarización	0.2362	0.1325	0.5834
Corrupción	0.2145	0.0033	0.6033
Economía	0.5654	0.1990	0.9192
Polarización electoral	2.657	1.910	3.847
Partidos centristas	1.154	0	6
PCP	0.8108	0	2.2712
NEP	3.155	1.812	6.829
Variables dicotómicas			
	Frecuencia 0	Frecuencia 1	
Éxito electoral	84	20	
Segunda vuelta	29	75	
Incumbent	58	46	
N = 104			